

VENERABLE PAULINE MARIE JARICOT (1799-1862)

Pauline Marie Jaricot nació en una familia de fieles católicos, inmediatamente después de la Revolución Francesa, el 22 de julio de 1799. Fue la séptima y última hija de Antoine y Jeanne Jaricot, comerciantes de seda de Lyon, una ciudad cuyas raíces cristianas datan del siglo II, y que se gloria de haber contado con el padre de la Iglesia San Ireneo, como su segundo obispo.

Pauline fue bautizada el día de su nacimiento. Sus padres le pidieron a un sacerdote fiel al Papa que bautizara a su última hija en la casa familiar, porque su párroco de San Niceto había prestado el juramento requerido por el gobierno revolucionario, un juramento que socavaba la autoridad de la Iglesia en Francia. Su vida transcurrió en medio de este clima de inestabilidad civil y durante un período de profundos cambios sociales, en el que llevó a término una obra que fue crucial para la actividad de evangelización.

Gracias a todas las referencias con las que contamos, comprobamos que era una joven alegre y vivaz, muy decidida e incluso terca. En su autobiografía –que debe leerse con cautela, ya que Pauline era muy estricta consigo misma– escribe así: «Nací con una imaginación ferviente, una actitud superficial y un carácter violento y perezoso. Habría estado totalmente atada por otras cosas... [pero] Dios me dio un corazón leal, que fácilmente se entregaba a la devoción». Ella estaba muy unida a su hermano Phileas, dos años mayor que ella, que estaba decidido a convertirse en misionero en China. Cuando Phileas anunció su propósito, inmediatamente Pauline le comunicó su intención de ir con él para cuidar de los pobres y los enfermos y arreglar las flores en la Iglesia.

Durante su adolescencia y en los primeros años de su edad adulta, era inconstante en sus devociones: en ocasiones vivía momentos de intensa

oración, durante los cuales nació su deseo de pasar largas temporadas en la Iglesia ante el Santísimo Sacramento, orando por la intercesión de la Virgen María; pero en otras ocasiones, deseaba participar en eventos mundanos, donde se ponía elegantes vestidos y era admirada y cortejada por jóvenes, fantaseando sobre posibles matrimonios idílicos con ellos. El 16 de abril de 1812, a la edad de trece años, después de una cuidadosa y reverente preparación, recibió su Primera Comunión con grandísima devoción.

Sin embargo, su vida cambió drásticamente a la edad de quince años, después de un incidente doméstico. Estaba haciendo limpieza cuando se cayó de un taburete y se golpeó violentamente en el suelo. La caída dañó seriamente su sistema nervioso, impidiéndola mover correctamente sus extremidades y hablar con normalidad. Aunque los médicos probaron varias terapias, acabaron admitiendo que era imposible encontrar un remedio. Su madre estaba tan preocupada por su salud que también ella enfermó, y su enfermedad empeoró aún más con la noticia de la inesperada muerte de su primogénito Narciso, a la edad de veintiún años. Antoine Jaricot decidió trasladar a su hija a un pequeño pueblo a las afueras de Lyon, con la esperanza de que la separación entre madre e hija pudiera ayudar a ambas a curarse más deprisa. Desafortunadamente, el 29 de noviembre de 1814, murió Jeanne Jaricot. La familia, temiendo que empeorase aún más la salud de Pauline ante la noticia, tomaron la decisión de no informarla de la muerte de su madre.

El párroco local invitó a Pauline a reanudar sus prácticas religiosas y ella, libremente, solicitó recibir el sacramento de la reconciliación y la Eucaristía. La experiencia del perdón y el alimento espiritual produjeron un profundo efecto en ella. A partir de ese momento comenzó a recuperar el uso de las extremidades, y cuando decidieron comunicarle la muerte de su madre, admitió que ya lo había sospechado. Tan pronto como logró caminar, pidió ser acompañada a la Basílica Notre-Dame de Fourvière en Lyon, para poder rezar ante la magnífica representación de la Virgen presentando al Niño Jesús al mundo.

Desde ese momento Pauline decidió dedicar su vida exclusivamente a servir a los pobres y enfermos, visitando todos los días los hospitales y las personas incurables, vendando sus heridas y ofreciéndoles palabras de consuelo. Esta ayuda a los necesitados estuvo acompañada por una vida de oración intensa, recibiendo todos los días la Eucaristía, e intercediendo por la conversión de los pecadores y por la evangelización del mundo. Aumentó muchísimo su devoción al Sagrado Corazón, y pasó a formar parte de la Asociación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Esto la llevó a crear una nueva Asociación llamada *Reparation* (*Reparación*), a la que invitaba a asociarse a muchas mujeres de Lyon que trabajaban casi como esclavas en las fábricas de seda de la ciudad. Sus meditaciones ante el tabernáculo la inspiraron a escribir y publicar el libro *El amor infinito a la Divina Eucaristía*, fuente de consuelo y alimento espiritual para muchos.

En ese momento, su hermano Phileas estaba en el seminario de París. Él informó a Pauline de que la Sociedad para las Misiones de París quería enviar sacerdotes a Asia, y le pidió que buscara una manera de recaudar fondos suficientes para garantizar el éxito de la empresa. Fue en ese momento cuando Pauline tuvo una idea que cambiaría la historia: decidió invitar a cada miembro de la Asociación *Reparación* a encontrar a diez nuevos miembros para que orasen y ofreciesen una moneda a la semana para la evangelización del mundo, o, como se decía en los tiempos de Pauline, para la propagación de la fe. Por cada diez miembros puso al frente un *dizenaire* (capitán de diez), por cada cien miembros un *centenaire* (capitán de cien) y por cada mil miembros un *millenaire* (capitán de mil).

La idea era sencilla: orar y recolectar fondos personalmente, creando una red de relaciones personales. El capitán de diez se reuniría con sus miembros y recogería las monedas cada semana, el capitán de cien las recogería de los capitanes de los diez, y por último, el capitán de los mil de los capitanes de cien. Los considerables fondos recaudados se dividieron y fueron enviados a todo el mundo. La idea se extendió y así se fundó la Sociedad para la Propagación de la Fe, que pronto se difundió ampliamente fuera de Francia, convirtiéndose en un fenómeno mundial. El 22 de mayo de

1922, por decisión del papa Pío XI, se transformó en la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe. De esta manera, el Santo Padre quiso expresar su solicitud paternal por las Iglesias locales surgidas gracias a la atracción misionera.

Su reputación como una mujer devota y firme en la fe hizo que Pauline obtuviese un gran respeto por parte del Santo Padre, de los cardenales, obispos y santos contemporáneos, algunos de los cuales le pidieron ayuda y consejo. El fundador de la Sociedad de la Santa Infancia (hoy conocida como Obra Pontificia de la Infancia Misionera o Santa Infancia) se consultó con ella para encontrar la mejor manera de recaudar fondos para los niños en las misiones de los diversos países. Más tarde, cuando su salud comenzó a empeorar, Pauline decidió hacer una peregrinación a Roma, pero allí cayó enferma. Mientras estaba impedida en la cama en un convento cerca de la «Iglesia de la Santísima Trinidad dei Monti», en lo alto de la famosa escalinata de la Plaza de España, el Santo Padre la visitó para alentarla y bendecirla.

A pesar de todos estos enormes éxitos espirituales y misioneros, la vida de Pauline estuvo llena de sufrimientos físicos, emocionales y espirituales. Pauline nunca se planteó la vocación religiosa, pues estaba convencida de que había sido llamada por Dios como mujer laica para dedicar toda su humilde existencia al apoyo de los pobres y de las misiones. Al caer en un estado de miseria, se vio obligada a inscribirse a la lista de los pobres de Lyon para recibir algo de comer. Su amor por Dios, por la Virgen y por las misiones nunca flaqueó. Murió en paz el 9 de enero de 1862 y fue proclamada venerable por el papa Juan XXIII. Su causa de beatificación está siendo examinada por la Congregación para las Causas de los Santos y rezamos para que pronto sea reconocida como beata.

Vale la pena recordar otra preciosa iniciativa de oración misionera. En 1826, animada por el éxito de su enfoque personal en la organización de la Obra Misionera mediante la creación de pequeños grupos, Pauline utilizó el mismo criterio para comenzar y proponer el *Rosario viviente*. Organizó a sus amigos y colaboradores en grupos de 15 personas, según el número

de los Misterios del Rosario. Pidió a cada miembro que se comprometiera a rezar una decena del Rosario todos los días y meditar sobre un Misterio al día, durante un mes entero. De esta manera, todo el rosario se recitaba diariamente y los 15 misterios eran meditados por cada grupo. A principios de cada mes, la persona a cargo del grupo redistribuía personalmente los Misterios entre los miembros, asegurándose de que cada uno recibiera un Misterio diferente para meditar durante la oración del Rosario en las siguientes cuatro semanas. De este modo todos los meses, toda la vida de Cristo era meditada por el grupo. A través de la intercesión de la Virgen María, se oraba a Dios, haciendo de la oración del Rosario una realidad viva en apoyo de la misión de la Iglesia, especialmente por la proclamación del Evangelio a los que todavía no lo habían recibido.

El sueño de Pauline sobre el *Rosario viviente* pronto se convirtió en un fenómeno generalizado en todo el mundo. En 1831 escribía: «Los grupos de 15 continúan multiplicándose a una velocidad increíble en Italia, Suiza, Bélgica, Inglaterra y en varias partes de América. El Rosario se ha extendido hasta las Indias y especialmente en Canadá». La esperanza de Pauline era que el *Rosario viviente* uniera a las personas, dispersas por todo el mundo, en ferviente oración por la misión de la Iglesia.

La iniciativa del *Rosario viviente* tuvo tanto éxito que después de la muerte de Pauline, en 1862, ya había más de 150.000 grupos, con 2.250.000 miembros solamente en Francia. Actualmente el *Rosario viviente* todavía se practica en muchas partes del mundo y los grupos de los 15 han aumentado sus miembros a grupos de 20 por la inclusión de los nuevos misterios luminosos, establecidos por san Juan Pablo II.